



Diario de vida en tiempos de la pandemia covid-19/ Día 72

Suyapa L. Velásquez R.¹

suyapavelasquez@gmail.com

Es el amanecer del sábado 23 de mayo 2020, el trinar de pájaros anuncia vida, están felices, vuelan por aquí y por allá, subo a la terraza desde donde recorro con la mirada entrecerrada las láminas que cubren los corredores de mi vivienda y las losas de los techos con ventanitas en las casas de cada vecino. Aquí debemos pasar las próximas 60 horas, subir y ver lo amplio del cielo sin límites o bajar a lavar platos.

Han pasado 70 días sujetos a la regla del jabón y el agua, la zozobra si traes el tal coronavirus en los zapatos y si tu casa tiene alguna gota del mortal covid-19, tanta angustia antes de empinarte una gaseosa o morder una manzana.

Ya aprendimos a temer, temor al contagio, a saberte vulnerable de 60 años, si te enfermas, te recogerán y saldrás de casa sabiendo que no volverás.

Hemos evolucionado del tímido temor, al terror y al pánico. Hemos leído tanto sobre la palabra coronavirus que ya no sabemos si nos atacará los pulmones o nos estallará la circulación, hemos reído con tanto meme sobre el sí y el no de los hábitos de nuestra nueva vida. Nos están entrenando para defendernos solos,

¹ Maestra en Ciencias de Desarrollo Rural, licenciada en Antropología, ambas por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Ha sido docente de Postgrado en el Centro Universitario del Norte CUNOR-USAC e investigadora de la Dirección General de Investigación DIGI-USAC.

taparnos la boca en señal de respeto al cercano, no es por nosotros, es por ellos. A caminar con pies de plomo sabiendo que todo lo que tocamos nos llevará a la muerte. Recibo la prensa y no puedo leerla tranquila, ¿acaso viene con el virus del fin de mi vida? ¡Qué tiempos estos en los que cantamos por Zoom el feliz cumpleaños de nuestros amados!

La palabra encerrona la escuché por primera vez hace muchos años -la dijo un académico, me sonó de muy mal gusto y pensé: ¿qué es una encerrona? Era una idea para discutir, sin interrupciones, las políticas a proponer para impulsar el movimiento cooperativo en Guatemala. Desde entonces comprendí el sentido de encerrarse para crear. Esta cuarentena, convertida ya en 72 días, es eso, primero una prisión que comienza llena de angustia, de incertidumbre, donde la primera figura es la sobrevivencia, la comida y las necesidades elementales. Luego, empiezas a disimular que puedes seguir #DesdeCasa, aprendiendo, enseñando y participando en todo desde el monitor de la computadora o la tablet, en último caso desde la pantallita del celular. Luego viene un encierro contigo mismo, #QuédateEnCasa, donde empiezas a cuestionar ¿qué estás haciendo con tu vida?, ¿qué has hecho?, ¿acaso no te sientes feliz? El mundo no te preguntó, solo se metió en la sala de la casa.

¡El sol acaba de encenderse luminosamente hermoso! Apenas marcan las 7:50 a.m., su reflejo, sobre las flores de la mesa, atravesó con fuerza las ventanas del entrepiso color verde, las moscas entraron a molestar con su zumbido. Mejor me salgo a preguntarle a mis plantas cómo amanecieron, están verde radiante y tiernas, la tierra está mojada como recuerdo de la noche de lluvia. Oigo afuera el paso de la moto de la policía que recorre las calles de la colonia, no sé si cuidando no encontrar a ningún vago o haciendo señal de vigilancia como remembranza que al vivir en comunidad te sometes a sus normas sociales o serás excluido.

Cuántos cursos llevé leyendo sobre materialismo histórico, pasé en mi juventud sirviendo al sistema pero doblegarme ante él me retribuye con una jubilación en casa. No es sino después de mis sesenta que me cuestiono qué es lo que quiso decir Marx con el trabajo excedente, que es la explotación del hombre por el hombre, es un obrero que va de casa en casa repartiendo a tuto el agua pura, el vendedor detallista de los embutidos, el conductor de la empresa contratado por los supermercados, mientras nosotros sentados seguimos las instrucciones *online* para que la economía camine sin detenerse, qué afortunados y felices debemos sentirnos, no es ironía, lo juro. Logramos, por méritos, llegar hasta ahí. Nuestro cerebro está siendo útil a la sociedad, somos una rueda de la industria que Marx dibujó. Recordé, entonces, con el aire de la tarde que corre de sur a norte por la terraza de la casa, que difícil es encerrarse consigo mismo.

Ya es domingo, frente a mi ventana viendo la calle me pregunto, ¿qué se hicieron todos?, al fondo escucho un *Angelus* que viene a consolarme de tanta noticia con las estadísticas de los tres mil cuatrocientos veinticuatro casos de covid-19, los fallecidos, los recuperados, las pruebas realizadas... y las horas que faltan escuchando en todos los medios y por todas las redes #QuedateEnCasa. Esta tarde nunca se repetirá, nunca. El sol alumbra a plenitud y nadie pasa por mi banqueta, mis compañeras de microempresa no vienen a reunirse, todas me escriben por el grupo de *WhatsApp* asombradas, me inquietan, ¿dónde está la solidaridad anunciada en el eslogan de la organización que nos financia?, ¿es acaso que la asistencia comunitaria no aplica porque no son banco y no tienen ningún apoyo del Gobierno? Todos nuestros pequeños negocios están cerrados, pero las cuotas de pago no. Esta es la gran prueba para el sistema, ¿quién de verdad quiere apoyar? Y así mis 200 sillas del alquifiestas están esperando diciembre para saber si serán útiles o si toda la economía cayó para largo y para todos.

La tarde está tan hermosa que es imposible imaginar a algún ser amado entubado, en el frío corredor de cualquier hospital abandonado.

Qué es todo esto, sino descubrir que vulnerable es la humanidad.

Que en paz descansen las quinientas mil víctimas que han partido a la eternidad.

Guatemala, 26 de mayo 2020